

Que moran nuestras plazas macilentos,  
De la virtud infames histriones;

Esos inmundos trágicos, atentos  
Al aplauso comun, cuyas entrañas  
Son infaustos y oscuros monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas  
El aura, respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!  
¡Qué muda la virtud por el prudente!

¡Que redundante y llena de ruido  
Por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,  
En las costumbres solo á los mejores,

Sin presumir de roto y mal ceñido,  
No resplandezca el oro y los colores

En nuestro traje, ni tampoco sea  
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,  
Un estilo comun y moderado,

Que no lo note nadie que lo vea,  
En el plebeyo barro mal tostado.

Hubo ya quien bebió tan ambicioso  
Como en el vaso Múriño preciado;

Y alguno tan ilustre y generoso  
Que usó, como si fuera plata neta,

Del cristal transparente y luminoso.  
Sin la templanza; viste tú perfeta

Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada,  
Como sueles venir en la saeta,

No en la tonante máquina preñada  
De fuego y de rumor; que no es mi puerta  
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta

Su esencia la verdad, y mi albedrío  
Con ella se compone y se concerta.

No te burles de ver cuánto confío,  
Ni al arte de decir, vana y pomposa,

El ardor atribuyas de este brío.  
¿Es por ventura menos poderosa?

Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?  
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte  
Se arroja al mar, la ira á las espadas,

Y la ambicion se ríe de la muerte.  
Y no serán siquiera tan osadas

Las opuestas acciones, si las miro  
De más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro  
De cuanto simple amé; rompí los lazos.

Vén y verás al alto fin que aspiro,  
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

LUPERCIO LEONARDO

DE ARGENSOLA

36.

*Á la esperanza*

ALIVIA sus fatigas  
El labrador cansado

Quando su yerta barba escarcha cubre,  
Pensando en las espigas

Del agosto abrasado  
Y en los lagares ricos del octubre;

La hoz se le descubre  
Quando el arado apaña,

Y con dulces memorias le acompaña;  
 Carga de hierro dura  
 Sus miembros, y se obliga  
 El jóven al trabajo de la guerra.  
 Huye el ocio seguro,  
 Trueca por la enemiga  
 Su dulce, natural y amiga tierra;  
 Mas cuando se destierra  
 Ó al asalto acomete,  
 Mil triunfos y mil glorias se promete.  
 La vida al mar confía,  
 Y á dos tablas delgadas,  
 El otro, que del oro está sediento,  
 Escóndesele el dia,  
 Y las olas hinchadas  
 Suben á combatir el firmamento;  
 Él quita el pensamiento  
 De la muerte vecina,  
 Y en el oro le pone y en la mina.  
 Dexa el lecho caliente  
 Con la esposa dormida  
 El cazador solcico y robusto.  
 Sufre el cierzo inclemente,  
 La nieve endurecida,  
 Y tiene de su afan por premio justo  
 Interrumpir el gusto  
 Y la paz de las fieras  
 En vano cautas, fuertes y ligeras.  
 Premio y cierto fin tiene  
 Cualquier trabajo humano,  
 Y el uno llama al otro sin mudanza;  
 El invierno entretiene  
 La opinion del verano,

Y un tiempo sirve al otro de templanza.  
 El bien de la esperanza  
 Solo quedó en el suelo,  
 Cuando todos huyeron para el cielo.  
 Si la esperanza quitas,  
 ¿Qué le dejas al mundo?  
 Su máquina disuelves y destruyes;  
 Todo lo precipitas  
 En olvido profundo,  
 Y ¿del fin natural, Flérida, huyes?  
 Si la cerviz rehuyes  
 De los brazos amados,  
 ¿Qué premio piensas dar á los cuidados?  
 Amor, en diferentes  
 Géneros dividido,  
 Él publica su fin, y quien le admite.  
 Todos los accidentes  
 De un amante atrevido  
 (Niéguelo ó disimúlelo) permite.  
 Limite pues, limite  
 La vana resistencia;  
 Que, dada la ocasion, todo es licencia.

37.

BARTOLOMÉ LEONARDO  
 IMÁGEN espantosa de la muerte,  
 Sueño cruel, no turbes más mi pecho,  
 Mostrándome cortado el nudo estrecho,  
 Consuelo solo de mi adversa suerte.  
 Busca de algun tirano el muro fuerte,  
 De jasper las paredes, de oro el techo,  
 Ó el rico avaro en el angosto lecho  
 Haz que temblando con sudor despierte.  
 El uno vea el popular tumulto

L. L. DE ARGENSOLA

Romper con furia las herradas puertas,  
Ó al sobornado siervo el hierro oculto.  
El otro sus riquezas, descubiertas  
Con llave falsa ó con violento insulto,  
Y dexale al amor sus glorias ciertas.

38.

LLEVÓ tras sí los pámpanos otubre,  
Y con las grandes lluvias insolente,  
No sufre Ibero márgenes ni puente,  
Mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre  
Coronada de nieve la alta frente;  
Y el sol apenas vemos en oriente,  
Cuando la opaca tierra nos lo encubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña  
Del Aquilon, y encierra su bramido  
Gente en el puerto y gente en la cabaña.

Y Fabio, en el umbral de Táis tendido  
Con vergonzosas lágrimas lo baña,  
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

BARTOLOMÉ LEONARDO  
DE ARGENSOLA

39.

«DIME, Padre común, pues eres justo,

¿Por qué ha de permitir tu providencia  
Que, arrastrando prisiones la inocencia,  
Suba la fraude á tribunal augusto?

«¿Quién da fuerzas al brazo que robusto  
Hace á tus leyes firme resistencia,  
Y que el celo, que más la reverencia,

B. L. DE ARGENSOLA

Gima á los piés del vencedor injusto?

«Vemos que vibran vitoriosas palmas  
Manos inicas, la virtud gimiendo  
Del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decía yo, cuando riendo  
Celestial ninfa apareció, y me dijo:

«¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?»

LOPE DE VEGA

40.

*Canción*

¡OH libertad preciosa,  
No comparada al oro,  
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra!

Más rica y más gozosa  
Que el precioso tesoro  
Que el mar del sur entre su nácar cierra;

Con armas, sangre y guerra,  
Con las vidas y famas,  
Conquistado en el mundo;

Paz dulce, amor profundo,  
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas:  
En tí sola se anida

Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

Quando de las humanas  
Tinieblas ví del cielo

La luz, principio de mis dulces dias,  
Aquellas tres hermanas

Que nuestro humano velo  
Textiendo, llevan por inciertas vías,

Las duras penas mías

Trocaron en la gloria  
 Que en libertad poseo,  
 Con siempre igual deseo,  
 Donde verá por mi dichosa historia,  
 Quien más leyere en ella,  
 Que es dulce libertad lo menos della.

Yo pues, señor exento  
 Desta montaña y prado,  
 Gozo la gloria y libertad que tengo.  
 Soberbio pensamiento  
 Jamás ha derribado

La vida humilde y pobre que sostengo.  
 Cuando á las manos vengo

Con el muchacho ciego,  
 Haciendo rostro embisto,  
 Venzo; triunfo y resisto  
 La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,  
 Y con libre albedrío  
 Llora el ageno mal y canto el mio.

Cuando el aurora baña  
 Con helado rocío  
 De aljófar celestial el monte y prado,  
 Salgo de mi cabaña,  
 Riberas deste río,

Á dar el nuevo pasto á mi ganado,  
 Y cuando el sol dorado  
 Muestra sus fuerzas graves,  
 Al sueño el pecho inclino  
 Debaxo un sauce ó pino,  
 Oyendo el son de las parleras aves,

Ó ya gozando el aura,  
 Donde el perdido aliento se restaura  
 Cuando la noche fria

Con su estrellado manto  
 El claro dia en su tiniebla encierra,  
 Y suena en la espesura  
 El tenebroso canto  
 De los nocturnos hijos de la tierra,  
 Al pié de aquesta sierra  
 Con rústicas palabras  
 Mi ganadillo cuento  
 Y el corazon contento  
 Del gobierno de ovejas y de cabras,  
 La temerosa cuenta  
 Del cuidadoso rey me representa.

Aquí la verde pera  
 Con la manzana hermosa,  
 De gualda y roja sangre matizada,  
 Y de color de rosa  
 La cermeña olorosa  
 Tengo, y la endrina de color morada;  
 Aquí de la enamada  
 Parra que al olmo enlaza,  
 Melosas uvas cojo;  
 Y en cantidad recojo,  
 Al tiempo que las ramas desenlaza  
 El caluroso estio,  
 Membrillos que coronan este río.

No me da descontento  
 El hábito costoso  
 Que de lascivo el pecho noble infama  
 Es mi dulce sustento  
 Del campo generoso  
 Estas silvestres frutas que derrama  
 Mi regalada cama  
 De blandas pieles y hojas,

Que algun rey la envidiara,  
 Y de tí, fuente clara,  
 Que bullendo, el arena y agua arrojas,  
 Éstos cristales puros,  
 Sustentos pobres, pero bien seguros.  
 Estese el cortesano  
 Procurando á su gusto  
 La blanda cama y el mejor sustento;  
 Bese la ingrata mano  
 Del poderoso injusto,  
 Formando torres de esperanza al viento;  
 Viva y muera sediento  
 Por el honroso oficio,  
 Y goce yo del suelo,  
 Al aire, al sol y al hielo,  
 Ocupado en mi rústico ejercicio;  
 Que más vale pobreza  
 En paz, que en guerra mísera riqueza.  
 Ni temo al poderoso  
 Ni al rico lisonjeo,  
 Ni soy camaleon del que gobierna;  
 Ni me tiene envidioso  
 La ambición y deseo  
 De ajena gloria ni de fama eterna;  
 Carne sabrosa y tierna,  
 Vino aromatizado,  
 Pan blanco de aquel día,  
 En prado, en fuente fría,  
 Halla un pastor con hambre fatigado;  
 Que el grande y el pequeño  
 Somos iguales lo que dura el sueño.  
 Mi regalo es el que  
 De las bandadas y de las

41.

Á MIS soledades voy,  
 De mis soledades vengo,  
 Porque para andar conmigo  
 Me bastan mis pensamientos.  
 ¡No sé qué tiene la aldea  
 Donde vivo y donde muero,  
 Que con venir de mí mismo  
 No puedo venir más lejos!  
 Ni estoy bien ni mal conmigo;  
 Mas dice mi entendimiento  
 Que un hombre que todo es alma  
 Está cautivo en su cuerpo.  
 Entiendo lo que me basta,  
 Y solamente no entiendo  
 Cómo se sufre á sí mismo  
 Un ignorante soberbio.  
 De cuantas cosas me cansan,  
 Fácilmente me defiendo;  
 Pero no puedo guardarme  
 De los peligros de un necio.  
 El dirá que yo lo soy,  
 Pero con falso argumento;  
 Que humildad y necesidad  
 No caben en un sujeto.  
 La diferencia conozco,  
 Porque en él y en mí contemplo,  
 Su locura en su arrogancia,  
 Mi humildad en su desprecio.  
 Ó sabe naturaleza  
 Más que supo en otro tiempo,  
 Ó tantos que nacen sabios  
 Es porque lo dicen ellos.  
 Sólo sé que no sé nada,

Dixo un filósofo, haciendo  
 La cuenta con su humildad,  
 Adonde lo más es menos,  
 No me precio de entendido,  
 De desdichado me precio;  
 Que los que no son dichosos,  
 ¿Cómo pueden ser discretos?  
 No puede durar el mundo,  
 Porque dicen, y lo creo,  
 Que suena á vidrio quebrado,  
 Y que ha de romperse presto.  
 Señales son del juicio,  
 Ver que todos le perdemos,  
 Unos por carta de más,  
 Otros por carta de menos.  
 Dijeron que antiguamente  
 Se fué la verdad al cielo;  
 Tal la pusieron los hombres,  
 Que desde entonces no ha vuelto.  
 En dos edades vivimos,  
 Los propios y los ajenos,  
 La de plata los extraños,  
 Y la de cobre los nuestros.  
 ¿Á quién no dará cuidado,  
 Si es español verdadero,  
 Ver los hombres á lo antiguo,  
 Y el valor á lo moderno?  
 Dixo Dios que comerían  
 Su pan el hombre primero  
 Con el sudor de su cara,  
 Por quebrar su mandamiento;  
 Y algunos inobedientes  
 Á la vergüenza y al miedo,

Con las prendas de su honor  
 Han trocado los efectos,  
 Virtud y filosofía  
 Peregrinan como ciegos:  
 El uno se lleva al otro,  
 Llorando van y pidiendo.  
 Dos polos tiene la tierra,  
 Universal movimiento,  
 La mejor vida el favor,  
 La mejor sangre el dinero.  
 Oigo tañer las campanas,  
 Y no me espanto, aunque puedo,  
 Que en lugar de tantas cruces  
 Haya tantos hombres muertos.  
 Mirando estoy los sepuleros  
 Cuyos mármoles eternos  
 Están diciendo sin lengua  
 Que no lo fueron sus dueños.  
 ¡Oh, bien haya quien los hizo,  
 Porque solamente en ellos  
 De los poderosos grandes  
 Se vengaron los pequeños.  
 Fea pintan á la envidia:  
 Yo confieso que la tengo  
 De unos hombres que no saben  
 Quien vive pared en medio.  
 Sin libros y sin papeles,  
 Sin tratos, cuentas ni cuentos,  
 Cuando quieren escribir  
 Piden prestado el tintero.  
 Sin ser pobres ni ser ricos,  
 Tienen chimenea y huerto;  
 No los despiertan cuidados,

Ni pretensiones, ni pleitos,  
 Ni murmuraron del grande,  
 Ni ofendieron al pequeño;  
 Nunca, como yo, firmaron  
 Parabien, ni pascua dieron.  
 Con esta envidia que digo,  
 Y lo que paso en silencio,  
 Á mis soledades voy,  
 De mis soledades vengo.

42.

¡POBRE barquilla mia,  
 Entre peñascos rota,  
 Sin velas desvelada,  
 Y entre las olas sola!  
 ¿Adónde vas perdida?  
 ¿Adónde, dí te engolfas?  
 Que no hay deseos cuerdos  
 Con esperanzas locas.  
 Como las altas naves,  
 Te apartas animosa  
 De la vecina tierra,  
 Y al fiero mar te arrojas.  
 Igual en las fortunas,  
 Mayor en las congojas,  
 Pequeña en las defensas,  
 Incitas á las ondas.  
 Advierte que te llevan  
 Á dar entre las rocas  
 De la soberbia envidia,  
 Nanfragio de las honras.  
 Cuando por las riberas  
 Andabas costa á costa,

Nunca del mar temiste  
 Las iras procelosas.  
 Segura navegabas;  
 Que por la tierra propia  
 Nunca el peligro es mucho.  
 Adonde el agua es poca.  
 Verdad es que en la patria  
 No es la virtud dicho a,  
 Ni se estima la perla  
 Hasta dejar la concha.  
 Dirás que muchas barcas  
 Con el favor en popa,  
 Saliendo desdichadas,  
 Volvieron venturosas.  
 No mires los ejemplos  
 De las que van y tornan,  
 Que á muchas ha perdido  
 La dicha de las otras.  
 Para los altos mares  
 No llevas cautelosa,  
 Ni velas de mentiras,  
 Ni remos de lisonjas.  
 ¿Quién te engañó, barquilla?  
 Vuelve, vuelve la proa;  
 Que presumir de nave  
 Fortunas ocasiona.  
 ¿Qué jarcias te entretrejen?  
 ¿Qué ricas banderolas  
 Azote son del viento  
 Y de las aguas sombra?  
 ¿En qué gavia descubres  
 Del árbol alta copa,  
 La tierra en perspectiva,

LOPE DE VEGA

Del mar incultas orlas?  
 ¿ En qué celajes fundas  
 Que es bien echar la sonda,  
 Cuando, perdido el rumbo,  
 Erraste la derrota?  
 Si te sepulta arena,  
 ¿ Qué sirve fama heroica?  
 Que nunca desdichados  
 Sus pensamientos logran.  
 ¿ Qué importa que te cianan  
 Ramas verdes ó rojas,  
 Que en selvas de corales  
 Salado césped brota?  
 Laureles de la orilla  
 Solamente coronan  
 Navíos de alto bordo  
 Que jarcias de oro adornan.  
 No quieras que yo sea,  
 Por tu soberbia pompa,  
 Factonte de barqueros  
 Que los laureles lloran.  
 Pasaron ya los tiempos  
 Cuando lamiendo rosas  
 El céfiro bullía  
 Y suspiraba aromas.  
 Ya fieros huracanes  
 Tan arrogantes soplan  
 Que, salpicando estrellas,  
 Del sol la frente mojan;  
 Ya los valientes rayos  
 De la vulcana forja,  
 En vez de torres altas,  
 Abrasan pobres chozas.

LOPE DE VEGA

Contenta con tus redes,  
 Á la playa arenosa  
 Mojado me sacabas;  
 Pero vivo, ¿ qué importa?  
 Cuando de rojo nácar  
 Se afeitaba la aurora,  
 Más peces te llenaban  
 Que ella lloraba aljófar.  
 Al bello sol que adoro,  
 Enjuta ya la ropa,  
 Nos daba una cabaña  
 La cama de sus hojas.  
 Esposa me llamaba,  
 Yo la llamaba esposa,  
 Parándose de envidia  
 La celestial antorcha.  
 Sin pleito, sin disgusto,  
 La muerte nos divorcia:  
 ¿ Ay de la pobre barca  
 Que en lágrimas se ahoga!  
 Quedad sobre la arena,  
 Inútiles escotas;  
 Que no ha menester velas  
 Quien á su bien no torna.  
 Si con eternas plantas  
 Las fixas luces doras,  
 ¿ Oh dueño de mi barca!  
 Y en dulce paz reposas,  
 Merezca que le pidas  
 Al bien que eterno gozas,  
 Que adonde estás, me lleve,  
 Más pura y más hermosa.  
 Mi honesto amor te obligue;



Que no es digna victoria  
Para quejas humanas  
Ser las deidades sordas.  
Mas ¡ay que no me escuchas!  
Pero la vida es corta:  
Viviendo, todo falta;  
Muriendo, todo sobra.

43.

*Judit*

CUELGA sangriento de la cama al suelo  
El hombro diestro del feroz tirano,  
Que opuesto al muro de Betulia en vano,  
Despidió contra sí rayos al cielo.  
Revuerto con el ansia el rojo velo  
Del pabellon á la siniestra mano,  
Descubre el espectáculo inhumano  
Del tronco horrible, convertido en hielo.  
Vertido Baco, el fuerte arnés afea  
Los vasos y la mesa derribada,  
Duermen los guardas, que tan mal emplea;  
Y sobre la muralla, coronada  
Del pueblo de Israel, la casta hebrea  
Con la cabeza resplandece armada.

44.

SUELTA mi manso, mayoral extraño,  
Pues otro tienes tú de igual decoro:  
Suelta la prenda que en el alma adoro,  
Perdida por tu bien y por mi daño.  
Pónle su esquila de labrado estaño,

Y no le engañen tus collares de oro;  
Toma en albricias este blanco toro  
Que á las primeras yerbas cumple un año.  
Si pides señas, tiene el vellocino  
Pardo, encrespado, y los ojúelos tiene  
Como durmiendo en regalado sueño.  
Si piensas que no soy su dueño, Alcino,  
Suelta, y verásle si á mi choza viene;  
Que aun tienen sal las manos de su dueño.

45.

¿QUÉ tengo yo, que mi amistad procuras?  
¿Qué interés se te sigue, Jesús mio,  
Que á mi puerta, cubierto de rocío,  
Pasas las noches del invierno oscuras?  
¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,  
Pues no te abrí! ¿Qué extraño desvarío  
Si de mi ingratitud el hielo frío  
Secó las llagas de tus plantas puras!  
¡Cuántas veces el ángel me decía:  
«Alma, asómate agora á la ventana;  
Verás con cuánto amor llamar porfia!»  
Y ¡cuántas, hermosura soberana,  
«Mañana le abriremos,» respondía,  
Para lo mismo responder mañana!

46.

PASTOR, que con tus silbos amorosos  
Me despertaste del profundo sueño;  
Tú, que hiciste cayado dese leño  
En que tiendes los brazos poderosos;  
Vuelve los ojos á mi fé piadosos,  
Pues te confieso por mi amor y dueño,

Y la palabra de seguirte empeño  
 Tus dulces silbos y tus piés hermosos.  
 Oye, Pastor que por amores mueres,  
 No te espante el rigor de mis pecados,  
 Pues tan amigo de rendidos eres;  
 Espera pues, y escucha mis cuidados;  
 Però ¿cómo te digo que me esperes,  
 Si estás para esperar los piés clavados?

47. *Temores en el favor*

CUANDO en mis manos, Rey eterno, os miro  
 Y la cándida víctima levanto,  
 De mi atrevida indignidad me espanto,  
 Y la piedad de vuestro pecho admiro.  
 Tal vez el alma con temor retiro,  
 Tal vez la doy al amoroso llanto;  
 Que, arrepentido de ofenderos tanto,  
 Con ansias temo y con dolor suspiro.  
 Volved los ojos á mirarme humanos;  
 Que por las sendas de mi error siniestras  
 Me despeñaron pensamientos vanos.  
 No sean tantas las miserias nuestras  
 Que á quien os tuvo en sus indignas manos  
 Vos le dejéis de las divinas vuestras.

## DON LUIS DE GÓNGORA

48. *Angélica y Medoro*

EN un pastoral albergue  
 Que la guerra entre unos robles

Lo dexó por escondido  
 Ó lo perdonó por pobre,  
 Do la paz viste pellico  
 Y conduce entre pastores  
 Ovejas del monte al llano  
 Y cabras del llano al monte,  
 Mal herido y bien curado,  
 Se alberga un dichoso jóven,  
 Que sin clavarle Amor flecha  
 Le coronó de favores.  
 Las venas con poca sangre,  
 Los ojos con mucha noche,  
 Lo halló en el campo aquella  
 Vida y muerte de los hombres.  
 Del palafren se derriba,  
 No porque al moro conoce,  
 Sino por ver que la yerba  
 Tanta sangre paga en flores.  
 Límpiale el rostro, y la mano  
 Siente al Amor que se esconde  
 Tras las rosas, que la muerte  
 Va violando sus colores.  
 Escondióse tras las rosas,  
 Porque labren sus arpones  
 El diamante del Catay  
 Con aquella sangre noble.  
 Ya le regala los ojos,  
 Ya le entra, sin ver por dónde,  
 Una piedad mal nacida  
 Entre dulces escorpiones.  
 Ya es herido el pedernal,  
 Ya despide el primer golpe  
 Centellas de agua, ¡oh piedad,

DÓN LUIS DE GÓNGORA

Hija, de padres traidores!  
 Yerbas le aplica á sus llagas,  
 Que si no sanan entonces,  
 En virtud de tales manos  
 Lisonjean los dolores.  
 Amor le ofrece su venda,  
 Mas ella sus velos rompe  
 Para ligar sus heridas;  
 Los rayos del sol perdonen.  
 Los últimos nudos daba  
 Cuando el cielo la socorre  
 De un villano en una yegua  
 Que iba penetrando el bosque.  
 Enfrénale de la bella  
 Las tristes piadosas voces,  
 Que los firmes troncos mueven  
 Y las sordas piedras oyen;  
 Y la que mejor se halla  
 En las selvas que en la corte,  
 Simple bondad, al pio ruego  
 Cortesmente corresponde.  
 Humilde se apea el villano,  
 Y sobre la yegua pone  
 Un cuerpo con poca sangre,  
 Pero con dos corazones.  
 Á su cabaña los guía;  
 Que el sol deja su horizonte  
 Y el humo de su cabaña  
 Le va sirviendo de norte.  
 Llegaron temprano á ella,  
 Do una labradora acoge  
 Un mal vivo con dos almas,  
 Una ciega con dos soles.

DON LUIS DE GÓNGORA

Blando heno en vez de planta  
 Para lecho les compone,  
 Que será tálamo luego  
 Do el garzon sus dichas logre.  
 Las manos, pues, cuyos dedos  
 Desta vida fueron dioses,  
 Restituyen á Medoro  
 Salud nueva, fuerzas dobles,  
 Y le entregan, cuando menos,  
 Su beldad y un reino en dote,  
 Segunda envidia de Marte,  
 Primera dicha de Adónis.  
 Corona un lascivo enjambre  
 De cupidillos menores  
 La choza, bien como abejas  
 Hueco tronco de alcornoque.  
 ¡Qué de nudos le está dando  
 Á un áspid la envidia torpe,  
 Contando de las palomas  
 Los arrullos gemidores!  
 ¡Qué bien la destierra Amor,  
 Haciendo la cuerda azote,  
 Porque el caso no se infame  
 Y el lugar no se inficione!  
 Todo es gala el africano,  
 Su vestido espira olores,  
 El lunado arco suspende  
 Y el corvo alfange depone,  
 Tórtolas enamoradas  
 Son sus roncós atambores,  
 Y los volantes de Vénus  
 Sus bien seguidos pendones.  
 Desnuda el pecho anda ella,

Vuela el cabello sin órden ;  
 Si lo abrocha, es con claveles,  
 Con jazmines si lo coge.

El pié calza en lazos de oro,  
 Porque la nieve se goce,  
 Y no se vaya por piés,  
 La hermosura del orbe.

Todo sirve á los amantes,  
 Plumas les baten veloces,  
 Airecillos lisonjeros,  
 Si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombras,  
 Los árboles pabellones,  
 La apacible fuente sueño,  
 Música los ruiñeñores.

Los troncos les dan cortezas,  
 En que se guarden sus nombres,  
 Mejor que en tablas de mármol  
 Ó que en láminas de bronce.

No hay verde fresno sin letra,  
 Ni blanco chopo sin mote ;  
 Si un valle *Angélica* suena,  
 Otro *Angélica* responde.

Cuevas do el silencio apenas  
 Deja que sombras las moren,  
 Profanan con sus abrazos  
 Á pesar de sus horrores.

Choza pues, tálamo y lecho,  
 Contestes destes amores,  
 El cielo os guarde, si puede,  
 De las locuras del Conde.

SERVÍA en Orán al Rey  
 Un español con dos lanzas,  
 Y con el alma y la vida  
 Á una gallarda africana,  
 Tan noble como hermosa,  
 Tan amante como amada,  
 Con quien estaba una noche  
 Cuando tocaron al arma.

Trescientos Zenetes eran  
 Deste rebato la causa ;  
 Que los rayos de la luna  
 Descubrieron las adargas ;

Las adargas avisaron  
 Á las mudas atalayas,  
 Las atalayas los fuegos,  
 Los fuegos á las campanas ;

Y ellas al enamorado,  
 Que en los brazos de su dama  
 Oyó el militar estruendo  
 De las trompas y las cajas.

Espuelas de honor le pican  
 Y freno de amor le para ;  
 No salir es cobardía,  
 Ingratitud es dejalla.

Del cuello pendiente ella,  
 Viéndole tomar la espada,  
 Con lágrimas y suspiros  
 Le dice aquestas palabras :

« Salid al campo, Señor,  
 Bañen mis ojos la cama ;  
 Que ella me será tambien,  
 Sin vos, campo de batalla.

«Vestios y salid apriesa,  
 Que el general os aguarda ;  
 Yo os hago á vos mucha sobra  
 Y vos á él mucha falta.  
 «Bien podeis salir desnudo  
 Pues mi llanto no os ablandá ;  
 Que tenéis de acero el pecho  
 Y no habeis menester armas.  
 Viendo el español brioso  
 Cuánto le detiene y habla,  
 Le dice así : «Mi señora,  
 Tan dulce como enojada,  
 «Porque con honra y amor  
 Yo me quede, cumpla y vaya,  
 Vaya á los moros el cuerpo,  
 Y quede con vos el alma.  
 «Concededme, dueño mío,  
 Licencia para que salga  
 Al rebato en vuestro nombre,  
 Y en vuestro nombre combata.»

50.

ENTRE los sueltos caballos  
 De los vencidos Zenetes,  
 Que por el campo buscaban  
 Entre lo rojo lo verde,  
 Aquel español de Orán  
 Un suelto caballo prende,  
 Por sus relinchos lozano  
 Y por sus cernejas fuerte,  
 Para que lo lleve á él,  
 Y á un moro cautivo lleve,  
 Que es uno que ha cautivado,

Capitan de cien Zenetes.  
 En el ligero caballo  
 Suben ambos, y él parece,  
 De cuatro espuelas herido,  
 Que cuatro vientos lo mueven.  
 Triste camina el alarbe,  
 Y lo más bajo que puede  
 Ardientes suspiros lanza  
 Y amargas lágrimas vierte.  
 Admirado el español  
 De ver cada vez que vuelve  
 Que tan tiernamente llore  
 Quien tan duramente hiere,  
 Con razones le pregunta  
 Comedidas y corteses  
 De sus suspiros la causa,  
 Si la causa lo consiente.  
 El cautivo, como tal,  
 Sin excusarlo, obedece,  
 Y á su piadosa demanda  
 Satisface desta suerte :  
 «Valiente eres, capitan,  
 Y cortés como valiente ;  
 Por tu espada y por tú trato  
 Me has cautivado dos veces.  
 «Preguntado me has la causa  
 De mis suspiros ardientes,  
 Y débote la respuesta  
 Por quien soy y por quien eres.  
 «Yo nací en Gélves el año  
 Que os perdisteis en los Gélves,  
 De una berberisca noble  
 Y de un turco mata-sietesoga.»

«En Tremecen une crié,  
 Con mi madre y mis parientes  
 Después que murió mi padre,  
 Corsario de tres bajeles.  
 «Junto á mi casa vivía,  
 Porque más cerca muriese,  
 Una dama del linaje  
 De los nobles Melioneses:  
 «Extremo de las hermosas,  
 Cuando no de las crueles,  
 Hija al fin destas arenas  
 Engendradoras de sierpes.  
 «Era tal su hermosura,  
 Que se hallaran claveles  
 Más ciertos en sus dos lábios  
 Que en los dos floridos meses.  
 «Cada vez que la miraba,  
 Salía el sol por su frente,  
 De tantos rayos vestido  
 Cuantos cabellos contiene.  
 «Juntos así nos criamos,  
 Y Amor en nuestras niñeces  
 Hirió nuestros corazones  
 Con arpones diferentes.  
 «Labró el oro en mis entrañas,  
 Dulces lazos, tiernas redes,  
 Mientras el plomo en las tuyas  
 Libertades y desdenes.  
 «Mas, ya la razon sujeta,  
 Con palabras me requiere  
 Que su crueldad le perdone,  
 Y de su beldad me acuerde;  
 «Y apenas vide trocada

La dureza desta sierpe,  
 Cuando tú me cautivaste;  
 Mira si es bien que lamente.  
 «Esta, español, es la causa  
 Que á llanto pudo moverme;  
 Mira si es razon que llore  
 Tantos males juntamente.  
 Conmovido el capitan  
 De las lágrimas que vierte,  
 Parando el veloz caballo,  
 Que paren sus males quiere.  
 «Gallardo moro, le dice,  
 Si adoras como refieres,  
 Y si como dices amas,  
 Dichosamente padeces  
 «¿Quién pudiera imaginar,  
 Viendo tus golpes crueles,  
 Que cupiera alma tan tierna  
 En pecho tan duro y fuerte?  
 «Si eres del Amor cautivo,  
 Desde aquí puedes volverte;  
 Que me pedirán por robo  
 Lo que entendí que era suerte.  
 «Y no quiero por rescate  
 Que tu dama me presente  
 Ni las alfombras más finas,  
 Ni las granas más alegres.  
 «Anda con Dios, sufre y ama,  
 Y vivirás si lo hicieres,  
 Con tal que cuando la veas  
 Pido que de mí te acuerdes.»  
 Apeóse del caballo,  
 Y el moro tras él descende,

Y por el suelo postrado,  
La boca á sus piés ofrece.

«Vivas mil años, le dice,  
Noble capitán valiente,  
Que ganas más con librarme  
Que ganaste con prenderme.»

«Alá se quede contigo  
Y te dé vitoria siempre  
Para que extiendas tu fama  
Con hechos tan excelentes.»

51.

*ANDE* yo caliente,  
*Y ríase la gente.*

Traten otros del gobierno  
Del mundo y sus monarquías,  
Mientras gobiernan mis días  
Mantequillas y pan tierno,  
Y las mañanas de invierno,  
Naranja y aguardiente,  
*Y ríase la gente.*

Coma en dorada bajilla  
El príncipe mil cuidados  
Como píldoras dorados;  
Que yo en mi pobre mesilla  
Quiero más una morcilla  
Que en el asador reviente,  
*Y ríase la gente.*

Cuando cubra las montañas  
De plata y nieve el enero

Tenga yo lleno el brasero  
De bellotas y castañas,  
Y quien las dulces patrañas  
Del rey que rabió me cuente,  
*Y ríase la gente.*

Busque muy en hora buena  
El mercader nuevos soles;  
Yo conchas y caracoles  
Entre la menuda arena,  
Escuchando á Filomena  
Sobre el chopo de la fuente,  
*Y ríase la gente.*

Pase á media noche el mar,  
Y arda en amorosa llama  
Leandro por ver su dama;  
Que yo más quiero pasar  
De Yépes á Madrigar  
La regalada corriente,  
*Y ríase la gente.*

Pues Amor es tan cruel  
Que de Piramo y su amada  
Hace tálamo una espada,  
Do se junten ella y él,  
Sea mi Tisbe un pastel,  
Y la espada sea mi diente,  
*Y ríase la gente.*

52.

LA más bella niña  
De nuestro lugar,

Hoy viuda y sola  
Y ayer por casar,  
Viendo que sus ojos  
Á la guerra van,  
Á su madre dice  
Que escucha su mal:

*Dexadme llorar*

*Orillas del mar.*

Pues me distes, madre,  
En tan tierna edad  
Tan corto el placer,  
Tan largo el penar,  
Y me cautivastes  
De quien hoy se va  
Y lleva las llaves  
De mi libertad,

*Dexadme llorar*

*Orillas del mar.*

En llorar conviertan  
Mis ojos de hoy más  
El sabroso oficio  
Del dulce mirar,  
Pues que no se pueden  
Mejor ocupar  
Yéndose á la guerra  
Quien era mi paz.

*Dexadme llorar*

*Orillas del mar.*

No me pongais freno  
Ni querais culpar;  
Que lo uno es justo,  
Lo otro por demás.  
Si me quereis bien

No me hagais mal;

Harto peor fué

Morir y callar.

*Dexadme llorar*

*Orillas del mar.*

Dulce madre mía,

¿Quién no llorará,

Aunque tenga el pecho

Como un pedernal,

Y no dará voces

Viendo marchitar

Los más verdes años

De mi mocedad?

*Dexadme llorar*

*Orillas del mar.*

Váyanse las noches,

Pues ido se han

Los ojos que hacían

Los míos velar;

Váyanse, y no vean

Tanta soledad

Después que en mi lecho

Sobra la mitad.

*Dexadme llorar*

*Orillas del mar.*

## DON FRANCISCO DE QUEVEDO

53.

*El Sueño*

¡CON qué culpa tan grave,  
Sueño blando y suave,